

**ENCUENTRO CON UNO
DE LOS NUESTROS**



D. Mariano Mirete Gutiérrez
(1900 - 1972)

- Presentación a cargo de su hija
Dña. Amor Mirete Bertomeu.

Viernes 14 Octubre de 2016
A las 20:00h.

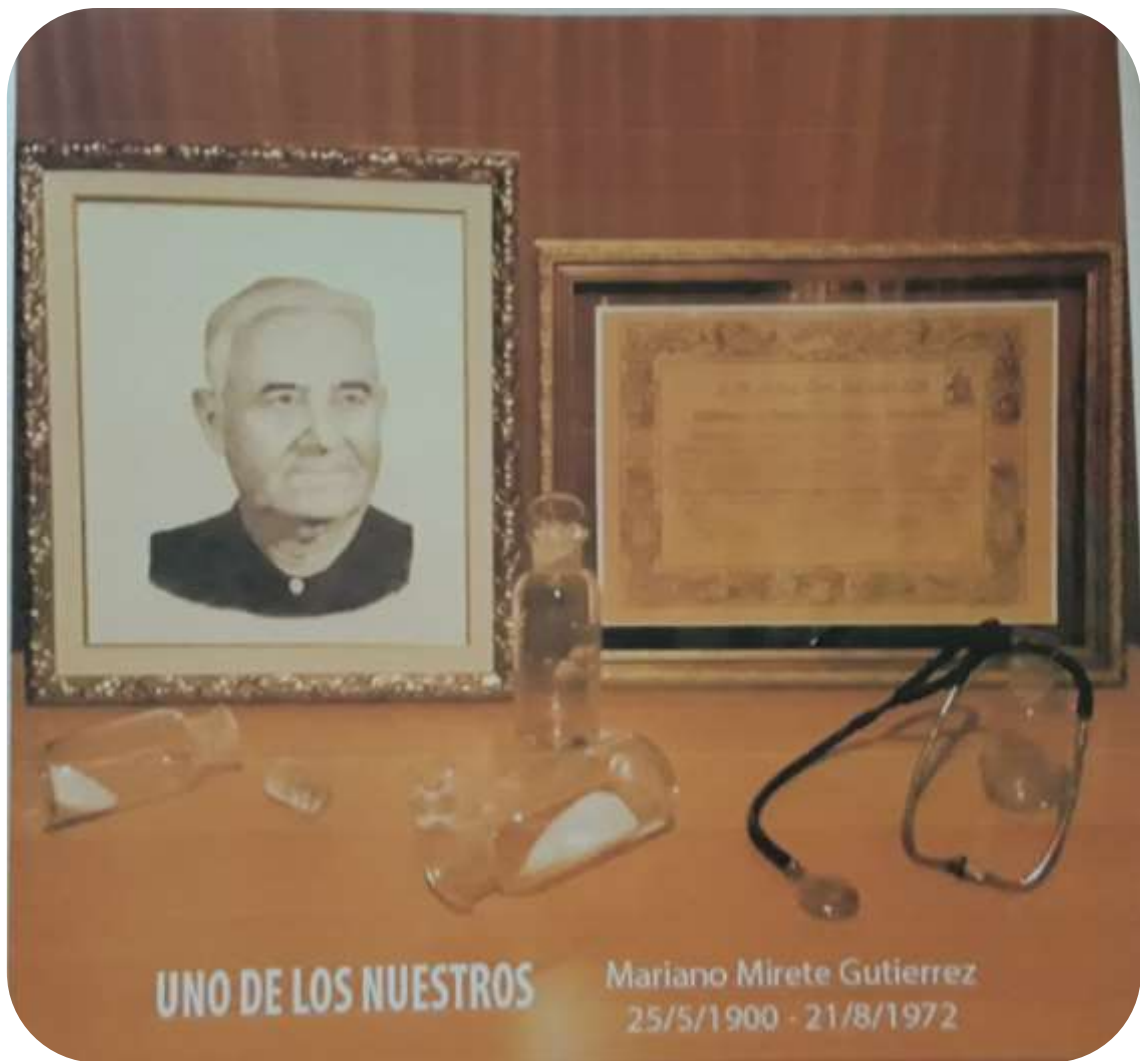
Sala de Exposiciones del Ayuntamiento



**ENCUENTRO CON UNO DE LOS NUESTROS: D. MARIANO MIRETE
GUTIÉRREZ**

Por Antonio Mula Franco

Cronista de la Villa de Rafal.



“Es de bien nacidos, ser agradecidos” nunca mejor dicho, ya que somos muchas las generaciones que vinimos al mundo ayudados por las manos de D. Mariano Mirete, el practicante, como lo conocíamos en el pueblo. Un colectivo numeroso de estas generaciones se nos ocurrió hacerle un merecido homenaje en recuerdo de tantos y tantos años de servicio y atenciones con todas las personas de Rafal, como veremos a lo largo de toda esta presentación, que en este caso, ha tenido la amabilidad de llevarla a cabo, en nombre de todos, Dña. Sarete Martínez, a quien le damos ya la palabra.

Buenas noches y bienvenidos todos a este acto que vamos a compartir.

Es un honor y un privilegio poder presentar este “Encuentro con uno de los nuestros”, dedicado a la persona que fue D. MARIANO MIRETE GUTIÉRREZ, un rafaleño al que muchos debemos gratitud y reconocimiento.

Fue un hombre entrañable, querido y respetado por todos. Dejó a su paso una estela imborrable porque nació para hacer el bien y así fue hasta el final.

Él sigue vivo en el recuerdo de los que le conocimos, de ahí que deseemos transmitir a los jóvenes nuestra memoria para que lo puedan también conocer y valorar en la sencillez de su grandeza.

Por ello, antes de darle la palabra a su hija Amor, quiero haceros partícipes de mis recuerdos. Si tuviera que definirle en dos palabras, diría de él que era bondadoso y elegante y cuando digo esto último, no me refiero a su físico que también, pues era alto, guapo y elegante, me refiero a esa elegancia innata que tienen algunas personas, como algo que brota de su interior y que se trasluce en su actitud ante la vida, en las cosas grandes y en las pequeñas. Era respetuoso en su relación con los demás: delicado en el trato, en la serenidad de sus gestos, elegante en su forma de hablar y hasta en la mirada porque sus ojos reflejaban la bondad de un corazón que no cerraba la puerta a nadie.

Por último, quiero comunicaros que la familia, en un gesto de generosidad, dona al Museo Etnológico:

- Un retrato de Don Mariano
- Copia del título de practicante y comadrón
- Cuatro tarros de cristal de farmacia, y
- Una vitrina

Objetos que para su familia tienen un valor histórico y sentimental y por los que nosotros, su pueblo, les quedamos muy agradecidos, pues no cabe duda que esta nueva aportación enriquecerá nuestro Museo Municipal.

Sin más dilación, cedo la palabra a su hija Amor que, en representación de toda la familia, nos hablará de la vida de su padre con el deseo de que le podamos conocer con la profundidad que se merece.

Muchas gracias.

Presentación por su hija Amor Mirete Bertomeu

Nacido el 25 de mayo de 1900.

Era el tercero de una familia de cinco hijos

Sus padres fueron Enrique y Rosario, más conocida como la abuela "Pía".

Quedó huérfano de padre a la edad de 10 años.

Antes de continuar con su vida, quiero y necesito abrir paréntesis para decir la causa de la muerte de su padre, pues fue un acto de valor y entrega de su vida por salvar otra. Acción noble que constituyó un potente ejemplo de humanidad para su hijo, y marcó su camino para siempre.

Dicho esto, y volviendo a "Marianico", diré que a edad muy temprana empezó a trabajar de ayudante de cartero y más tarde de albañil, junto a su buen amigo Gabriel Martínez, hasta que, dada la pobre alimentación, cayó enfermo. La desnutrición y el esfuerzo que requería su trabajo restaron a su cuerpo la fuerza necesaria para responder al desarrollo propio de la adolescencia, quedando por esto afectada su mano derecha con cierta pérdida de fuerza y movilidad, lo que le obligó a abandonar su trabajo. ¡Lo que faltaba en su familia!

Viviendo en estas circunstancias y sin poder decir los años que duraron, llegó al pueblo Don José Moreno, natural de Zaragoza, primer médico titular para Rafal; ya que hasta entonces la titularidad sanitaria de nuestro pueblo residía en Callosa.

El doctor Moreno, cuando observó que el pueblo era más huerta que pueblo, expuso al ayuntamiento que necesitaba a alguien que lo acompañara y ayudara, dado su total desconocimiento de la zona. El equipo de gobierno pensó, y así se lo propuso al médico, que esa persona podría ser un joven que se había visto obligado a dejar su trabajo y que

tanto él, como su familia, tenían necesidad económica. Al médico, cuando se lo presentaron, le pareció bien y ahí empezó todo.

No sé con certeza quienes formaban por estas fechas, que tampoco puedo concretar, el equipo de gobierno. Lo que sí sé es que nunca podrían suponer el bien que proporcionaban a este joven “Marianico” y, mirando al futuro, a este pueblo de Rafal, como podremos, unos conocer y otros recordar mediante estas sencillas líneas que recogen algo sobre su vida.

Su segunda e importantísima etapa se inició en el local que había junto al antiguo ayuntamiento, que más tarde sería escuela y hoy museo.

El contrato verbal que el médico le propuso fue tan sencillo como importante: que no podrá pagarle mucho, pero que si él quiere y le interesa lo preparará para obtener el título de practicante. “Marianico” aceptó el contrato y así empezaron una andadura conjunta que fue transformándose en una gran amistad entre “médico-profesor y ayudante-estudiante”.

En este tiempo de ayudante y alumno no olvidó su vida sentimental: ya había elegido a la mujer que más tarde sería su esposa: M^a Dolores Bertomeu Manresa.

Llegado el momento en el que Don José Moreno consideró preparado a Mariano, le hizo saber que ya podría ir a Madrid al examen. La primera reacción de “Marianico” fue una gran alegría, seguida de una preocupación que expone: no tiene ni dinero ni traje para hacer ese viaje. El médico se sonrió prestándole uno de sus trajes; su novia le dio el dinero necesario.

Solucionados estos “detalles”, llegó el momento de partir; y tan seguro estaba de lo que hacía y a lo que iba que le dijo a su novia: “Dolores prepara todo que, cuando vuelva, nos casamos”.

Así pasó; consiguió su título de “practicante” y autorizado para asistencia de “partos normales”. Como anécdota diré que cuando iba ya tan contento con su título debajo del brazo pasando por delante del Palacio Real, dirigiéndose al Rey, como si estuviera viéndolo, dijo: “Ni con todo tu trono te tengo envidia”.

Conseguido el título cumplió lo prometido, y así, ese mismo año, el día 22 de octubre de 1927 celebraron su matrimonio, siendo padrinos de boda Don José Moreno, el médico, y Señora.

En su tercera etapa, Rafal ya tenía su primer “practicante y comadrón”, y es hijo del pueblo.

En esta etapa, que abarcará el resto de su vida, yo destacaría:

- La entrega total e incondicional a los enfermos y sobre todo a los más pobres.
- -Que el tañido de las campanas de la Iglesia por los bebés y parturientas que, con frecuencia, morían por falta de higiene y buena asistencia, dejó de oírse en el pueblo.
- Casi todos los nacidos desde el año 1927 al 1963 fueron atendidos por él. En algunos casos hasta la tercera generación de una misma familia.
- Hizo curaciones tan arriesgadas y con buenos resultados que algunos médicos no lo creían.
- Consiguió abrir la primera farmacia para Rafal.

PEQUEÑOS FRAGMENTOS DE SU TRABAJO Y VIDA

Dos veces la vida.

Estando mi madre embarazada del primer hijo, mi padre, cuando vio que faltaba poco para dar a luz, le dijo que si llegaba el momento y él estaba por la huerta trabajando, avisara primero a la comadrona de Callosa que estaba más localizable. Y como él temía, así pasó. Llegó el 6 de octubre y, estando mi padre haciendo el recorrido de los enfermos de la huerta, mi madre se puso de parto y fue asistida por la comadrona. Mientras tanto, alguien intentó localizar a mi padre con urgencia, ya que el bebé nacido no daba señales de vida.

Cuando volvió a casa vio a su hijo dentro de una zafa que estaba en el suelo, retirada, lejos de la cama, como si ya no hubiese nada que hacer por él. Enseguida fue a asistirlo pidiendo que trajesen agua caliente y fría.

Y así lo bañó alternando las dos temperaturas al tiempo que le practicaba lo que hoy llamamos respiración artificial. No sé el tiempo que estuvo haciendo esto, pero el bebé empezó a respirar. La vida volvió a dársela su padre por segunda vez.

Los ocho partos siguientes siempre los asistió él, por si acaso.

Un nuevo amigo.

Una madrugada, como tantas otras, le llamaron para ir al Mudamiento para realizar un parto. Se levantó, salió y, al doblar la esquina, cuando llevaba andado unos pasos, vio que un perro iba a su lado, aunque un poco más atrás. Él, sin darle ninguna importancia, ya que no le molestaba, siguió. Se dio cuenta que el perro no paraba de seguirle, se paró y le dijo: “pues bien, si quieres acompañarme me parece muy bien”.

Llegaron al lugar y mi padre asistió el parto durante un largo espacio de tiempo. Cuando terminó y salió, se encontró con el perro que seguía en la puerta esperándole y le dijo: “bueno, vámonos”.

De vuelta, le salió un segundo perro de las casas que había por la huerta. El que acompañaba a mi padre se le enfrentó. Una vez terminada la pelea, el que seguía a mi padre volvió a su lado acompañándole el resto del camino.

Cuando llegaron a casa, mi padre, ya como amigo, le dijo: “bueno, al menos te voy a sacar un pedazo de pan”. Entró, quedándose el perro fuera. Al salir le dijo “toma por lo bien que te has portado”, pero cual fue su sorpresa al ver que el perro ya no estaba; lo llamó, miró por todas partes, preguntó a la gente del pueblo si lo habían visto, describiendo cómo era, pero nadie le dio señales. Mi padre nunca más volvió a verlo.

Conclusión: ¿Fue una protección de Dios?. Yo así lo creo.

Jazmines en el pelo.

En otra ocasión le llamaron para otro parto, ya que a las tres menos dos había uno, dado que en aquellos tiempos no había televisión. Cuando entró a la casa de esta mujer se la encontró toda arreglada, pintada como una moña y con un ramo de jazmines en la cabeza, bien puesto. Mi padre

la mira y le dice: “tú no estás de parto”. ¿Cómo que no? Le contesta la mujer. Mi padre muy socarrón le dice: “cuando no te quede pintura y cuando ese ramo de jazmines toque los astilleros, me llamas, entonces estarás de parto”. Y así pasó.

Lección de vida.

Un día, siendo yo ya mujercica, me acuerdo de lo que voy a contar porque son cosas importantes en mi vida que jamás se olvidan. Estando yo en casa, como cualquier otro día, me llama mi padre y haciéndome subir a la sala, donde yo dormía, me dice: “Rosario, ya que era el único que me llamaba por mi nombre, ven que vas a ver algo que seguramente jamás volverás a ver en tu vida. Subo con él y me enseña un tarrico de cristal pequeño, como los de la mayonesa, y me dice: “mira bien lo que está dentro, pero míralo bien”. Yo me quedé sin palabras y solo lo miraba fijamente sin dar crédito a lo que veía. Era un bebé de tres meses de un aborto natural. Estaba casi completamente desarrollado, sus pies, sus manos, sus dedicos, su boca, su nariz, sus ojos, que eran unos puntos más pequeños que la cabeza de un alfiler, todo como en un muñequito de cera. En fin, algo inolvidable.

Mi padre me comentó: “he querido que lo veas para que no olvides en tu vida el poder de Dios, manifiesto en la creación de la naturaleza humana”. Y por eso, con 77 años que tengo, doy gracias a Dios por sentir la vida como la siento sin dar más explicación.

Dedos cortados.

Soy hija de Mariano Mirete Gutiérrez, el practicante y comadrón del pueblo de Rafal y alrededores. Una vez mi padre me contó, que la tía Pilar, del Morante, que era carnicera como todos sabéis, con el hacha de la carne, se cortó dos dedos de la mano por la mitad. Los trozos cayeron al suelo y la tía Pilar los recogió, llevándoselos a mi padre. Éste al verla, le dijo: ¿Pilar, hija, qué me traes aquí? Ella le dijo: ¡mira Mariano lo que me ha pasado!

Mi padre cogiendo los dos trozos de dedo y haciendo ya una microcirugía, se los colocó en su sitio, le inmovilizó la mano, pidiéndole que pasara por

la farmacia todos los días, ya que si no llegaban a la descomposición y olían a podrido, todo iría muy bien. Al poco tiempo se le habían curado completamente.

Con el paso del tiempo, teniendo yo 15 o 16 años, la tía Pilar me enseñó los dedos, diciéndome que ni siquiera se le notaba la cicatriz, y todo eso, gracias a mi padre.

Curaciones difíciles.

Mi nombre es Beatriz Gamarra y soy nieta de Mariano Gamarra, “el farruta” para el pueblo. Al enterarme de que se iba a realizar este pequeño homenaje recordatorio sobre Mariano el practicante o Marianico, y habiéndome contado mi padre las dos curaciones que realizó en la persona de mi abuelo, he pensado que debería exponerlas aquí, para colaborar en un mayor conocimiento de la persona que hoy recordamos.

Mi abuelo sufrió en una de sus piernas una enfermedad que por entonces parecía incurable: la gangrena. Buscando un buen médico marchó a Alicante. Allí al examinarle la pierna enferma, solo le dieron una solución: cortarla. Mi abuelo, cuando superó el susto, decidió y así le contestó al médico, que para cortar siempre habría tiempo y se volvió para Rafal, donde se puso en manos de “Marianico”, su tocayo. Éste empezó con las curas y consiguió su propósito: sanar y no cortar. No fue un milagro, no. El truco era de lógica pura: mucha higiene pero dejando a los gusanos que hicieran su trabajo: comerse la carne podrida que supone la gangrena, o más técnicamente expresado, mantener limpia la zona afectada dejando actuar a las larvas con el fin de eliminar los tejidos muertos. Poco a poco y con mucha paciencia y dedicación la pierna se regeneró hasta quedar totalmente recuperada.

De la segunda curación no daré tanto detalle, aunque fue tan grave o más que la primera. En uno de los brazos apareció un sarcoma. No sabiendo muy bien lo que era he buscado en la enciclopedia y solo diré la definición: tumor maligno de crecimiento rápido.

Para acabar me queda decir solo las gracias “Marianico”, por el bien que hiciste a mi familia.

Historia del parapléjico que vivía en una cabaña.

Soy Agustín Mirete Martínez, nieto de Mariano Mirete, y quiero colaborar en este homenaje con una historia que mi padre Agustín Mirete Bertomeu, al que los enfermos llamaban cariñosamente “el negro”, me ha contado.

Se llamaba Antonio, era de la familia de la Bastiana, raza gitana, que estaba muy integrada en el pueblo. Antonio estaba parapléjico y enfermo de tuberculosis. Por este motivo vivía aislado de la familia en una pequeña cabaña hecha de latón y maderas de unos 3 m. en una finca de la “tía Casetera” donde le permitieron hacerlo.

Antonio pasaba los días tumbado sobre un madero, solo tenía movilidad en la mano derecha, con la que agarraba un palo en cuyo extremo llevaba un espejo con el que enfocaba una pequeña ventana que había por encima de su cabeza y así sabía quién llegaba a visitarlo, o a llevarle comida.

Como era de esperar, la tuberculosis había que tratarla y mi abuelo pidió la colaboración del pueblo para conseguir dinero para la penicilina, que era muy escasa y muy cara, para lo cual mandaba a mi padre, el negro, a la puerta de la iglesia todos los domingos, para que la gente al salir de misa, aportara lo que pudiera.

La penicilina, en aquellas fechas había que inyectarla 3 veces al día; tratamiento que compartieron mi padre y mi abuelo durante mucho tiempo, no diferenciaban ni ricos ni pobres, para él eran enfermos que tenían que atender.

Ahora comprendo por qué mi padre hablaba del suyo con esta expresión “¿Mi padre? Un padre franciscano, lo daba todo”.

Vieja deuda.

Estando yo en la farmacia vigilando por si entraba alguien a comprar, llegó un matrimonio un tanto mayor preguntando por Mariano el practicante. Les contesté que estaba ocupado y que tendrían que esperar un poco. En cuanto salió mi padre del cuarto de pinchar, la señora lo abrazó

efusivamente. Él se quedó extrañado y a la espera de que ella hablara. La señora empezó diciéndole que era la enferma de San Bartolomé a la que él había curado hacía bastantes años y que, como no pudo pagarle ni la asistencia ni los medicamentos, venía ahora, a su regreso de Francia, para saldar su deuda y agradecerle todo lo que había hecho por ella.

“Marianico”, como siempre, quitando importancia a su generosidad, contestó que con la satisfacción de verla bien y la alegría y agradecimiento que manifestaba, tenía suficiente.

El marido de la señora me entregó a mí algún dinero; no sé cuanto fue. Yo tenía unos 10 años.

Vida familiar y despedida.



Simultáneamente a su vida de trabajo, fue formando su familia, contribuyendo así, de manera generosa, al aumento de la población con 9 hijos, los cuales todos damos gracias a Dios por ello.

De los seis chicos, Mariano, Enrique, Agustín y Manolo siguieron su camino en la sanidad. De los otros dos, uno, Pepe, pudo y supo realizar el mayor deseo de su padre: tener un buen músico en su familia. Lo mandó a estudiar a Madrid con Garijo, uno de los mejores flautas del mundo; y Pepe consiguió hacerlo bien. El “solaje”, que así llamamos cariñosamente al más pequeño, Antonio, ingresó en la Policía Municipal de Calpe con el grado de cabo. Al ser tantos hay para todos los gustos.

Las tres mujeres que completan los nueve, Rosario, Amor y Dolores Carmen, formaron también sus familias, aunque una de ellas lo haría un poco más tarde, después de dar la vuelta, no al mundo en 80 días, sino a medio mundo en 20 años, por los cuales sé que está agradecida a Dios al haberle dado esa oportunidad de vivir la vida misionera.

Ahora quisiera acabar esta pequeña biografía citando al Papa Juan Pablo II: “El hombre sin interioridad, pone en peligro su propia integridad”.

Mariano Mirete Gutiérrez vivió toda su vida desde su Fe inquebrantable en Dios y su devoción por un santo al que admiraba y leía siempre: San Francisco de Asís; el Santo Pobre.

Quien conoció a Mariano creo que pensará como yo; que fue un hombre ÍNTEGRO, que probó la vida del “hombre bueno” que disfruta con la parte que le ha tocado vivir y al que le basta su propia acción justa y su disposición benévola. Y hablando de ser justos, debo decir que detrás de cualquier gran hombre siempre suele haber una gran mujer, que en este caso se llamó, Dolores Bertomeu Manresa.



Como despedida y cierre de este acto quiero daros las gracias en nombre de nuestra familia, por vuestra asistencia y sobre todo por el cariño, respeto, generosidad que siempre tuvo y mostró para todos nosotros, el pueblo de Rafal y su huerta.

Gracias, muchas gracias de la Familia Mirete Bertomeu.

Con el salón de actos repleto de gente, de familiares al completo y de muchos amigos terminó este entrañable acto en el que participamos muchos de los presentes con la lectura de los fragmentos de su trabajo y su vida. La familia entregó unos objetos personales para que permanecieran en el Museo como recuerdo a su padre. Recibiendo todos ellos el agradecimiento del Consistorio y abrazos y besos de todos los presentes, terminó una jornada feliz, recordando y pasando lo que fue por el corazón y rescatándolo de entre el tiempo y sobre el tiempo.

Rafal a 14 de octubre de 2016.